

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 10 DE AGOSTO DE 1924

NÚM. 20.446

CRITICA LITERARIA

"Nuevas canciones" (Madrid, 1924),

— por Antonio Machado —



URANTE varios años ha guardado el autor de *Soledades* un silencio, lleno de decoro, que no convenía sino muy bien al tono de su música, meditativa y grave, y al alto prestigio que blasona su nombre.

Una gran lira tiene algo de una gran espada, y no está bien que suene a cada hora. Ciertamente ese silencio no ha sido absoluto, pues de cuando en cuando hemos tenido ocasión de escuchar sus profundas modulaciones en revistas selectas, como *Occidente* y *Horizonte* — esta última una ardorosa revista juvenil, donde un coro de neófitos imitaba la postrer manera del maestro, entreverando *folklore* y filosofía — (*Horizonte* tuvo una existencia intermitente y efímera, de otoño de 1923 a primeros de 1924, aunque en realidad no puede decirse que haya muerto, ya que pudiera sorprendernos de pronto con una nueva manifestación de su vida, siempre de una simpática irregularidad).

Pero, en fin, años hacía que el autor de *Soledades* absteniase de lanzar el gran grito del libro, hasta ahora que salen a la luz — más bien al aire — estas *Nuevas canciones*, cuyo título parece aludir a renovaciones líricas y espirituales, haciéndonos pensar en lo que el epíteto ha significado en la *Vita nuova* de un Dante, o en *Il canto novo* de un D'Annunzio: un eco de ese afán de un arte y un culto nuevos que hacía exclamar al salmista — *Sifró lijo vah sehir hadasch* — y que la Iglesia parafrasea diciendo — *bantate Dominum canticum novum* —. Sin embargo, en el título del libro de Machado, el adjetivo tiene únicamente un sentido cronológico, no tratándose de ningún nuevo evangelio de arte, sino de las últimas canciones que han brotado de sus labios, aunque no deje de ser notable, como un indicio de los tiempos, que un poeta que suele complacerse en la evocación de lo pasado — de donde el número lento y moroso de su ritmo — haya cedido también a la atracción de lo nuevo, tan poderoso hoy.

Pero no; Antonio Machado continúa siendo fiel en este nuevo libro a sus inspiraciones antiguas, y no ha hecho más que enriquecer con nuevas obras maestras las direcciones cardinales de su genio. El poeta de *Nuevas canciones* es el mismo de *Soledades* y de *Galerías y otros poemas*, salvo que un mucho más cansado y grave, si es posible, y más cargado de experiencia a lo largo del camino; el poeta que en esta España de 1924 parece vivir la vida, toda sueño, de un retrato de la época isabelina, y encarnar esa figura de español antiguo, triste, apático, romántico y pobre, que él ha cantado en verso, y Azorín y Gabriel Miró en prosa, con tanto amor que uno se pregunta cómo estos hombres

que viven a la sombra de la chistera de Larra han podido alguna vez ser revolucionarios en arte y acaudillar más o menos activamente un modernismo literario. En realidad, ese modernismo fue un simple irguimiento juvenil: los años han ido abajando muchos hombros, y hoy sólo D. Miguel de Unamuno y Baroja conservan el uno la inquietud y el otro el malhumor de aquellos días.

Sólo la extrañeza que siempre produce el necesario cambio del musical registro de una generación a otra puede explicar el que la crítica vieja llamara extranjeriza a una literatura tan española, tan rancia, tan añejamente española como la de Azorín, Valle-Inclán, Juan R. Jiménez y Antonio Machado. Los tres están perfectamente arraigados en nuestra tradición; describen paisajes y figuras nuestras; mojan la pluma en un tintero donde aun quedan posos clásicos, y lo único que puede reprochárseles es haber descubierto esos temas, al través de los escritores franceses, haber sentido a su España como a una tierra exótica en los lienzos descriptivos de un Casanova o un Barrés. Faltóles en el primer instante la tradición con los autores que inmediatamente les precedían — los Valera, los Alarcón, los Pereda —; esa tradición que últimamente hemos visto reanudar a Azorín

en los ejercicios espirituales de sus vísperas académicas.

Pero es innegable que, aunque con cierta afectación extranjera, que en unos viene de Francia y en otros de Alemania, los modernistas de ayer son hoy los continuadores de nuestra España tradicional y están como devotamente detenidos a la sombra de un reloj parado en la hora del suicidio de Larra. Si se exceptúa a Unamuno, el Prometeo sin oceánidas, todos los demás hallanse de cara a la España antigua, cuyo espíritu vuelve a resurgir hasta en los viejos cacharros de una alfarería famosa. Todas las artes concurren a suscitar un renacimiento de temas españoles; Zuloaga y Romero de Torres hacen en pintura lo que Albéniz, Falla y Turina en música, y mientras los prosistas emulan con la pluma el pincel de los primeros, exaltando el paisaje y la figura antiguas, los poetas, más afines a los segundos, trenzan como ellos la letra de las arcaicas tonadillas con variaciones personales, dando a sus poemas aire de copla popular o de canto de niñas. Así hace Antonio Machado en muchos pasajes de este libro, señaladamente en la parte titulada «Tierra de olivos», que dedica a Díez-Canedo, y en las siguientes, «Hacia tierra baja» y «Canciones de tierras altas», construi-

das con la técnica de una *suite* sinfónica, en la que oportunamente suenan las notas populares. También en la última, «Soledades a un maestro», dedica el poeta a su colega Francisco A. de Icaza una semblanza lírica, en la que rompe a cantar por *soleares*.

Esta tendencia o modalidad de A. Machado no es nueva en él, pues ya apunta en libros anteriores, ni singular tampoco en el actual momento literario, ya que constituye una característica de la obra de Valle-Inclán *Aromas de leyenda* (1920), que sobre todo resalta en *La pipa de kif* (1921), siendo de notar que en ambos poetas ese maridaje de lo vulgar con lo erudito engendra un matiz de humorismo, que nace de lo híbrido y estrafalario del fruto, a que se une a veces cierta gallardía funambulesca. (Hay en *Nuevas canciones* una poesía — «La luna, la sombra y el bufón» — que de no verla allí, nos parecería caída de la escarcela del gran D. Ramón María.) En casi todo el libro se observa esta amalgama de la inspiración erudita con la expresión popular, o, como si dijéramos, del latín sapiente con el *roman paladino*. (Del latín y hasta del griego, pues en un poema — VII — «Apuntes para un estereoscopia lírico» — vemos empleado el epíteto *atalo*, en el sentido de silencioso, si los Calepíno no mienten.) Salvo algunos poemas enteramente clásicos como el que inicia el libro y en que el poeta glosa un episodio del homérico *Rapto de Proserpina*, conservando el íntegro empaque de la oda antigua, por lo general se abandona a ese decir más llano, que unas veces resulta de un humorismo zumbón — A. Machado tiene también el humorismo enteramente serio, de chistera y levita, de *clown* de luto; véase en *Soledades* «Los grandes inventos» —, y otras ataviado dignamente con galas folklóricas, que el poeta puede hallar en su casa en los arcones heredados de su preclaro padre, sirvele a maravilla para entonar paisajes y figuras de un rancio españolismo adormecido y quieto; pues el campo de su musa es precisamente el corazón de Castilla, las tierras de Soria y de Segovia, con sus valles y serrijones, y su yerba pobre y oscura, y sus posadas como antaño, y sus pueblos de viñeta antigua, con la plazuela en medio y el muro blanco y el ciprés erguido encima: las tierras cantadas por Enrique de Mesa y elegidas por Azorín para escenario de su Don Juan caduco. Rara vez, como en vacaciones, asoma el paisaje andaluz, más rico y voluptuoso. El poeta, que es sevillano, prefiere Castilla, la tierra en que nació al amor, y que mejor se aviene con su espíritu cansado y triste y el frío y noble decoro de su inspiración. (Friedad muy sevillana, si se recuerda a Herrera). A fuerza de cantar al caballero de la España antigua, se ha convertido el poeta en ese caballero, si no es que lo fué siempre y por eso lo cantó. Ese caballero noble, soñador, ensimismado, que desfila por tantas obras contemporáneas — de Azorín a Miró —; el caballero que no tuvo juventud y fué siempre igual de triste y taciturno. Para no



SAN LEANDRO Y SAN BUENAVENTURA
Célebre cuadro de Murillo, que figura en el Museo de Sevilla.

UN GRAN NOVELISTA INGLES

José Conrad, el Mediterráneo y la guerra carlista

lastimar los oídos de ese cabañero, los novelistas tienden su prosa más mullida sobre los aposentos que ha de atravesar, y los poetas rebajan el tono de su lira. Ese caballero es, a veces, poeta como Antonio Machado, y odia lo buco y lo pomposo, porque está fatigado y algo enfermo. Un día, sin embargo, el caballero *nace al amor*, se casa y vive unos años contemplando en silencio la pulcra belleza, el *hossanna* hecho carne de una esposa honesta y joven. Pero otro día el caballero ama-uece viudo: figuraos entonces, si es poeta, cómo será de cansado y desdichoso el gesto con que vuelva a requerir la lira para cantar su dolor, y cómo serán de tristes, reticentes y truncadas; cómo serán de antiguas sus nuevas canciones y de cuánta amarga experiencia no estarán henchidas.

Tal es el caso de Antonio Machado. El poeta que siempre tuvo horror a la retórica, acentúa ahora más su tendencia a la forma epigráfica, se hace sentencioso a expensas de la morbidez del arte, y si en ocasiones, por una tendencia natural a lo marmóreo y frío en los

espíritus que sienten ya el anhelo de lo eterno, esculpe bustos, talla camafleos o acuña medallas, otras veces va a parar al aforismo, al concepto, al apotegma y el escolio. Así, en esa parte que dedica a Ortega y Gasset («Proverbios y cantares») y que parece influida por la sombra del Pensador. (Aquí la evolución de Machado corre pareja con la de Juan R. Jiménez—*Eternidades*—1917.) En este punto, el poeta termina para dejar el puesto al hombre de experiencia, al moralista; y nos parece oír al Salomón de los *Masjilim* y el *Kohélet*, adentrando a la mocedad inexperta con acentos que a veces recuerdan todavía al cantor de *Schir ha Schirim*. Entonces el poeta, el caballero antiguo, asume un aire de abuelo que nos entenece a lo humano, aunque artísticamente no nos emocione. Pero entonces nos abstenemos de silbar a quien de otro cantor ha dicho:

Ahora le tiembla la voz;
ya no le silban sus coplas,
¡que silban su corazón!

R. CANSINOS-ASSENS

A ocho días vista

Por causas ajenas a nuestra voluntad dejamos de publicar la primera parte del artículo de nuestro ilustre colaborador D. Manuel Bueno.

Las moscas

Distraída la Sociedad de las Naciones con el estudio de otros problemas de índole política, es dudoso que llegue a interesarse por la desaparición de las moscas. Y, sin embargo, por ahora, las moscas son más peligrosas que lo anhelos de desquite de Alemania y que el contagio revolucionario de las doctrinas rusas. Un amigo fraternal me decía, en vísperas de ausentarme de Madrid: —Ya te arrepentirás de preferir el campo a la ciudad. Es posible que encuentres a la sombra de los árboles y en la orilla del mar un bienestar que echas de menos aquí; pero te esperan otras molestias no menos graves que el calor. La primera y más temible te la causarán las moscas. Huir del hombre para encontrarse con el insecto, es cambiar de dolor. Ya lo verás...

Las palabras de aquel amigo mío resonaban de sentido profético. En efecto; yo me encontraría aquí a mis anchas, sin calor, lejos de los malos olores de ese infecto Madrid tan digno de mejor suerte, sin literatos con quienes comentar el último fracaso de camarada, y fuera del alcance de la verborrea de *Miles gloriosus*, cuya laringe debe ser, por cierto, de aluminio; pero las moscas, tan amadas de Wenceslao Fernández Flórez, no me dejan minuto de reposo. La mosca, ¿qué representa en el planeta? ¿Qué malvada función es la suya y a qué fines responde? Entre las correcciones o enmiendas que está pidiendo la obra del Creador, la más urgente, sin duda, es la extinción de las moscas. ¿Cómo luchar contra ellas? Todos los procedimientos usados hasta ahora fracasaron. El papel impregnado de cola, al que se adhieren en un momento de desesperación suicida, no resuelve nada, porque la mosca, antes de sucumbir, ha tenido la precaución de proliferar generosamente. Los aparatos más o menos ingeniosos que se han inventado

con intención de capturarlas, tampoco sirven para nada. La mosca se acerca a ellos, los contempla irónicamente y rompe a volar en otra dirección, donde pueda molestar. Lo de menos es que sobre ella cabalguen los microbios de diversas enfermedades, porque contra ese riesgo está la seroterapia. Lo peor es que la mosca nos hurga y nos pica con infatigable constancia, distrayéndonos de toda ocupación o recreo. Ahora mismo una mosca, posándose sobre mi mano derecha, parece amonestarme con sus patas porque estoy escribiendo. ¿Tendrá este insidioso insecto un sentido crítico? Mientras como, las moscas bordean mi plato con la insistencia con que los carabineros españoles registran una maleta. ¿Qué quieren darme a entender con su enojosa tenacidad estos minúsculos seres? Oigo a mucha gente quejarse de esa tortura, contra la cual no existe, al parecer, otro remedio que el de vivir en un baño de amoníaco, situación, naturalmente, nada cómoda para un hombre que tiene mucho que hacer. Lo inexplicable es que la Academia de Ciencias de París, que tiene reservado un premio, por voluntad póstuma de un millonario, al primer hombre que logre ponerse en comunicación con el planeta Marte, no ofrezca una recompensa al que descubra un método infalible para destruir las moscas. A quien diese con él habría que declararle bienhechor de la Humanidad. Mi amigo estaba en lo firme. Yo empiezo a aborrecer el campo con todos sus encantos de soledad, de silencio y de temperatura grata. Esa agresividad tenaz y sin inteligencia de la mosca, irrita. El mal, para ser tolerable, ha menester de estar influido por un pensamiento intencional. En ese caso, nos parecería un castigo y nos haría reflexionar que tal vez fuese la mosca el instrumento dócil de fines providenciales que ignoramos.

Manuel BUENO

Guethary (Bajos Pirineos), agosto 1921.

INGLES dijimos? Por inglés se le tenía a José Conrad, recientemente fallecido, y por uno de los más grandes escritores contemporáneos en lengua inglesa, legítimo heredero de las glorias de Stevenson; mas su origen era polaco, pues había nacido en Ucrania en 1857, y su verdadero nombre Teodoro José Conrado Korzenowski.

Al estallar los primeros chispazos de la insurrección polaca de 1863 fué su padre desterrado por las autoridades rusas a Vologda (Siberia), en donde murió su madre, y desde entonces el muchacho fué devuelto a su tierra natal, encargándose de su educación y sostenimiento un tío suyo. Trece años contaba, y ya la desventura habíale dejado solo en el mundo, cuando surgió en su espíritu un ansia extraña, un anhelo desasossegante y febril, tras del cual, andados los años, debía revelarse la ruta de su destino: el anhelo del mar.

Sus diecisiete años le amanecen en tierra francesa, en Montpellier, hasta donde el Mediterráneo le envía sus brujas solicitaciones para atraerle y hacerle suyo. Y pronto en los muelles marseleses de la Joliette besa su frente la embriagadora brisa que, en vez de refrescar y tranquilizar sus ansias, pone más encendidos ardores en su inclinación navegante, extraña flor nacida en la voluntad de aquel hijo de tierras tan apartadas del mar.

Absorto en sus preocupaciones, va y viene por los muelles, donde hormiguea la más heterogénea muchedumbre que es posible imaginar, sin perder de vista las cúpulas de la Mayor, cuyas redondeadas formas evocan el fabuloso Oriente, cuando descubre un velero, acaso el más viejo de todos los allí anclados, en cuya proa triunfa el nombre de la más empinada cumbre alpina: el *Mont Blanc*. Embárcase en él como pilotín, con rumbo a las Antillas; mas a poco de zarpar, y en la noche de Año Nuevo de 1874, el patriarca de los veleros marseleses es sorprendido por la tempestad a la altura de la isla de Mallorca, y después de mil peripecias, tiene que regresar al puerto de salida para rendir su último viaje.

Mas el joven polaco no retrocede ante aquellos comienzos tan poco estimulantes. Apenas echa pie a tierra se reembarca en otro velero, el *San Antonio*, sin más novedad sino que pone más cuidado en su elección: el *San Antonio*, nuevo y pimpante, será para él flotante escuela de conocimientos marítimos, y en su tripulación tropeza con un marinero corso, que en el registro de sus otras se inscribe con el nombre de Dominico Cervoni, cuyas raras prendas de carácter harán honda mella en el ánimo del joven argonauta.

Dos largas campañas hizo Conrad por las Antillas, enrolado en el *San Antonio*, y en la segunda vióse mezclado en las costas de Méjico al reaccionamiento de uno de los partidos revolucionarios. A su regreso a Marsella se le presentó una ocasión verdaderamente inesperada y que ni dispuesta de encargo para su carácter aventurero, flor de una juventud inquieta y azarosa. José Conrad había llegado a la ciudad francesa, recomendado a varias familias que estaba en relación con gentes de su país, y casi todas pertenecientes al partido legitimista. Antes de que el futuro novelador pudiese adquirir opinión personal sobre el pleito que se dilucidaba con

las armas en la mano sobre los campos de España, vióse mandando, en unión de su gran amigo Cervoni, una «balagnela» napolitana: «Tremolino», armada por un grupo de jóvenes carlistas para dedicarse al contrabando de guerra en las costas españolas. Estas aventuras andanzas reflejarse en dos libros del escritor: «La flecha de oro» y «El espejo del mar», en los que se rinde un apasionado homenaje al «Mare Nostrum».

La impresión del Mediterráneo persiste en su novela «El corsario», que se desarrolla en el período de las guerras de la Revolución francesa, el mismo año de Trafalgar; mas nada de particular tiene esta insistencia en quien, durante más de tres años, hubo de navegar por aquellas aguas en navíos franceses y con tripulaciones de Marsella, de Cete y de Córcega, no trasladándose a Inglaterra hasta 1878, al cumplir los veintidós años.

¿Quién había de decirle, al desembarcar en Lowestoft y disponerse a recibir sus primeras lecciones de inglés, que el Destino le tenía reservado para alcanzar una relevante personalidad dentro de la literatura de Inglaterra?

Conrad entró en la Marina mercante inglesa y llegó a capitán en 1884, nacionalizándose inglés, y pasando diez años recorriendo el mundo por la vía marítima, especialmente por el Océano Pacífico, archivando en su memoria impresiones de personas y de paisajes que más tarde encontraremos en sus libros. Porque aquel capitán mercante, aquel lobo de mar a quien, según confesión propia, «el hecho de tener que escribir una carta le hundía en abismos de laxitud», al verse obligado, por las fiebres en sus periplos contraídas, a abandonar el servicio, no halló mejor manera de llenar el vacío de las horas ociosas que ponerse a recordar, pluma en mano, cuanto había visto y vivido, naciendo así libros tan sugestivos como «La locura Almayer», «El tifón», «La línea de sombra», «El negro del Narciso», «Suerte», «Juventud», «Una victoria», «Reminiscencias» y «El duelo».

Sus ideas sobre el arte y la novela están expuestas en el prefacio de «El negro del Narciso», y entre sus libros más famosos deben señalarse «Lord Jim», estudio de la degradación de un civilizado; «Nostromo», que tiene por escenario una República suramericana, y dos novelas dedicadas a estudiar curiosos y raros medios sociales: «El agente secreto», por cuyas páginas desfilan elementos de la fauna anarquista de Londres, y «Bajo los ojos de Occidente», luz proyectada sobre el enjambre de revolucionarios rusos refugiados en Ginebra.

*

Ya hemos dicho que «La flecha de oro», una de las novelas de Conrad, es obra de asunto español. La figura de Doña Rita, heroína del libro, es de aquellas que ejercen particular atracción sobre el lector, apareciendo envuelta en la extraña luz «que parece emanar del rostro, de una masa de cabellos leonados, sembrados de partículas de fuego, y alzada en rodete sobre la blancura de una nuca perfecta, por una flecha de oro incrustada de diamantes y de rubíes».

Escritas por una amiga de su infancia, se nos trasladan en fragmentos las Memorias de un tal Jorge, «el joven Ulises», audaz contrabandista que pro-

ree de armas a los legitimistas españoles, el cual, en el crepúsculo de su vida azarosa, quiere alumbrar sus últimos momentos quemando la hojarasca de sus recuerdos de un pasado lleno de rasgos audaces. Ni que decir tiene que este contrabandista su vida está hilvanada con trozos de la del propio Conrad—ya hemos anticipado la ocasión al extractarla—, y este libro suyo, consagrado a la pintura de doña Rita, la señora de Lastaola, se ve sembrado de personajes tan pintorescos como el del capitán Blunt, que vive de su espada y trata de convertirla en anzuelo para pescar la fortuna de que tan necesitado se encuentra; el estudioso Mills, el banquero Azolati, el pintor Allégre y el apasionado José Ortega, los cuales bullen y zumban en torno a la heroína, atraídos por su brillo y resplandor, por más de que ella cruce entre sus adoradores indiferente, abstraída, como si sus ojos azules persiguiesen alguna quimera a la que apuntase la flecha de oro ensartada en sus cabellos.

Se inicia el libro en una noche de Car naval, y en un café de la Canebiera, mediante una larga conversación que Mills y el capitán Blunt sostienen con el joven Ulises, con el fin de convencerle para que entre al servicio de la Causa; en esa conversación aparece con fuerte relieve el retrato de doña Rita, mujer maravillosa, que tiene a sus pies a D. Carlos, a sus ministros, a sus generales, a todo el mundo, y que sólo por las referencias que de ella recibe embruja y enamora al joven Ulises, el cual se deja deslumbrar por una historia llena de maravillosos pasajes y de lances fabulosos.

Cabrera, en tierras de España, entre las gargantas de Lastaola, enviada después a París, a casa de unos parientes dedicados al comercio de naranjas; modelo del pintor Allégre, hijo de un millonario, que se la lleva a Córcega para desbistarla y la presenta en París como triunfadora, heredando los millones de su amante; viene después el capítulo de Venecia, con el episodio del Lido, escenario de su luna de miel con el Pretendiente; más tarde la encontramos en los desfiladeros de Guipúzcoa, exponiéndose a las balas de los alfonosinos, y luego en Marsella, gastando sus millones, es decir, los del pintor, en favorecer la causa carlista, disfrutando del poder que emana de su fortuna y de sus dispendios.

Todo esto es lo que cuenta el capitán Blunt al joven Ulises, al que introduce en el palacio de la diosa, a imaginar que apenas sus ojos la contemplan habrá de convertirse en su rival, rendido al flechazo de su mágico poder fascinador. Por ella se hace contrabandista, expone diariamente su vida en las costas españolas para obtener una sonrisa de sus labios, sin importarle nada ni don Carlos ni los que combaten sus pretensiones, con tal denuedo, con fervor tal, que llega a conmover el corazón de la bella y activa indiferente, haciéndola sentir el perfume de su alma ingenua entre la aridez sentimental de aquella nube de mundanos que la asedian.

Pero, asombrándonos, la emoción se traduce en ella en una fuerte resistencia a ceder al amor de aquella alma que presiente hermana de la suya; un soplo de misterio se alza en torno suyo, el misterio de una extraña criatura que lucha contra el amor, y que jamás llegará a descubrirnos qué escrúpulo la retiene ante el único amor verdadero con que ha tropezado en su larga vida de pecadora.

Cede, sin embargo; mas cuando su amante resulta herido en un duelo con su rival, el capitán Blunt, después de permanecer a su lado y de cuidarle

hasta verle convaleciente, aprovecha la convalecencia para desaparecer, perdiéndose en el misterio de la vida con el misterio de su corazón, y dejándole sobre el lecho, como recuerdo, la flecha

de oro, adornada de diamantes y de rubíes, símbolo de toda una vida condenada a sembrar la inquietud, el dolor y el mal.

J. GARCIA MERCADAL

CON PERMISO...

Opiniones y comentarios

Al decir con permiso, bueno es que se entienda que decimos: «Con permiso de la autoridad incompetente». La competente, la real, la capacitada, no sólo nos da el permiso, sino que en la entraña de su entraña se regocija, se alegra y se enorgullece. Son horas y tiempos de pedir permiso a los incompetentes, que son, sabe Dios por qué, los que han vallado con su osadía todos los campos, todos los términos y todas las floridas heredades. Ahora bien; al saltarlos, no hollamos ningún derecho de propiedad, puesto que los que ellos exhiben ni son legales ni son legítimos.

Al pasar por el camino hemos visto, entre otros, este erial extenso. Hay en él unos euanitos hombres que laboran; pocos, bien; muchos, mal. Aquellos que pudieran ahondar y revolver para que su trabajo fuese fecundo, tienen miedo de rasgar la entraña por si de ella salta sangre; éstos... éstos ni tienen propósitos, ni falta que hace que los tengan.

¿Qué hace nuestra crítica?... Pero antes habrá que dejar dilucidado el problema de la autoridad. Antes habrá que afirmar en todos los tonos, para evitar preguntas capciosas, que hay dos clases de crítica, no sólo aceptables, sino indispensables. Bien está la crítica serena y ponderada de los maestros educados en las disciplinas clásicas. Ese sentimiento austero, ese grave y señero pensar que fluye en ritmo inalterable, es el más hondo y benéfico consejo que llega a nuestro espíritu, porque él viene lleno de la serenidad que da la máxima comprensión. Pero precisamos también la crítica turbulenta de la juventud. Es indispensable la fusión, el choque de estas dos fuerzas igualmente benéficas; porque la crítica en el «maestro» no puede ser sino reflexión, mientras que en el que aun no llegó a serlo, es pasión, y pasión engendradora, inquietante y sugeridora. Que hable el método, y la concreción de la sabiduría, y el tesoro de la erudición; pero no cercenar las lenguas de los que en balbuceos, por intuición, por atisbo, por fuerte imperativo de una conciencia estética en embrión pueden llegar a descubrir un orto nuevo entre la luz fría de un arte que se va sintiendo viejo.

Y, sobre todo, cuando en este coro de voces conocidas y probadas surja el grito insospechado, no mirar la cara ni el nombre de quien lo lanza; aperebid el oído y el sentimiento, que si aquél es acariciado gratamente, y éste bellamente impresionado, ¿a qué pedir después autoridad y personalidad, cosas entrambas que las más de las veces las da la desvergüenza, en complicidad con la constancia?

Nuestra crítica sesteá, duerme. De vez en cuando se despereza, lanza un bostezo, dice dos frases suaves y agradables y vuelve a dormir bajo la som-

bra que va creando tanta hoja impresa. ¡Qué dulzura la de nuestra crítica! ¡Qué dolorosa dulzura!

Todo está bien; todo es insuperable. Motivos, estilo, profundidad, emoción. Todo de la mejor calidad. Dan ganas de organizar unas rogativas, en las que todos los santos literarios y sus creyentes demanden un alto en el trabajo. ¿A qué escribir más? Todo lo habéis dicho, y de la forma más bella. ¿A qué seguir? Fatalmente os habréis de repetir, o habréis de caer en esa inexorable ley por la cual el que no avanza atrás se queda.

¡Poder inconcebible el de la crítica! Si la posteridad te respetara, ¡qué conflicto en el Parnaso! ¡Qué mescolanza en el sagrado territorio de la Fócide! ¡Qué aprieto para las nueve musas tener que contemplar, sin desternillarse de risa, a tanto caimán literario! Aquí se cubre y se disimula bien el vacío interior. En unos, la melena; en otros, el sombrero de desmesuradas alas; en otros, el monóculo, el gesto, el ademán, la «pose»... Pero allí.

El alma que entra allí debe ir desnuda, temblando de deseo y fiebre santa, sobre cardo heridor y espina aguda: así sueña, así vibra y así canta.

¿No es hora de decirlo, resueltamente, crudamente? Nuestra crítica sonroja. Los hombres, escasos por desgracia, que con insuperables cualidades la ejercitan, son blandos, tienen miedo. Su prosa, que podía ser maciza, densa, rica en sugerencias, tiembla y se quiebra de puro sutil, en fuerza de alargarla, de malearla, en esa lucha entre el interés privado, el favor y la conciencia estética. Otras veces callan y silencian lo que a voz en grito exaltan los desvergonzados que se arrojan con la misma clamorosa sacerdotía. ¡Cuántos escritores hay en nuestro cotarro literario que venden millares de ejemplares, y ni su obra ni su nombre han sido mencionados por los pocos que con autoridad han debido hacerlo! ¡Funesto miedo o leco desprecio que ha hecho que las velas de estas naos de corsarios se hinchen, pudiendo arrastrar por el mundo esa sucia y deleznable mercancía!

Aire. Aire naciente, que no esté enardecido es lo que se precisa. Más que aire, vendaval, torbellino que barra la inmundicia que ya nos llega al cuello. Odras de vientos nuevos que levanten tolvaneras que cieguen a los que no saben mirar. Honradez, sensibilidad, medida de la responsabilidad para dirigir y preparar el alma y el gusto de esta pobre y corta reata de lectores españoles que hermanan—porque se lo enseñaron los que ocupan puestos de guías—al que hace de su obra un dolor vivo y una estela luminosa, y al que se agarra a hacer literatura (¿?) porque la Policía prohíbe la venta de otros venenos violentos. Respeto para poder ser respetado. Autoridad, en suma, para que el

juicio pueda ser mandato, aquí donde no es otra cosa que cosquilleo que despierta la sospecha de que los juicios críticos sirven para aumentar los ingresos o para halagar los afectos.

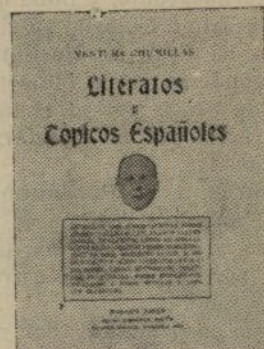
*

Viejos maestros de la crítica. Pocos sois. Tan pocos, que decir el número ruboriza. Pero una voz sola que alentase y acogiese esta protesta y este propósito, tendría tal vez la virtud y la eficacia de crear un movimiento de repulsa para lo recusable, y de exaltación para lo que fuese merecedor de ella.

Viejos maestros de la crítica. Si no iniciáis vosotros esta obra de profilaxis, no impidáis ni os asuste una irrupción de hombres apasionados y violentos. Tal vez en vosotros no queda ya un resto de juventud; posiblemente vuestro horizonte mental se ha restringido, porque los años petrifican las fontanelas craneanas, y, sin querer, en el cerebro se inicia la involución de que hablaban los viejos sociólogos. ¿Será por esto por lo que no habéis visto el espectáculo triste, enormemente triste, de la crítica actual?

Emilio PALOMO

LIBROS RECIBIDOS



Literatos y tópicos españoles, por Ventura Chumillas. — He aquí un libro valiente, sincero, diáfano, lleno de pensamiento vibrante, en carne viva. Lo componen una serie de artículos con observaciones sobre Azorín,

Valle-Inclán, Blasco Ibáñez, Baroja, Benavente y otros literatos, asimismo sobre temas históricos, políticos y culturales; sobre hispanoamericanismo y otros motivos y tópicos españoles. ¡Cuánto indigno templo se derrumba; cuánto falso ídolo se desbarata y cae ante las acometidas de este escritor formidable, dialéctico invencible! Ventura Chumillas, además de poner de manifiesto una cultura extensísima y un admirable sentido crítico, firmes pedestales de su obra, da un alto ejemplo de integridad intelectual, nunca tan meritorio como en estos calamitosos tiempos de compadrazgo y mercantilismo. Su libro, publicado en Buenos Aires, merecía ser difundido en España como pan bendito. Y hasta como aceite de ricino.

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14. — MADRID — Apartado 502

ACABA DE APARECER

EL LIBRO DE MI SUEÑO ERRANTE

novela por

GUIDO DA VERONA

una de las obras más apasionadas, amenas y sugestivas del gran escritor italiano, leídos en todo el mundo

En todas las librerías y en la = CASA DEL LIBRO = Pi y Margall, 7 (Gran Vía)

Historia del hombre que nunca rompió un plato

CUENTO PARA NIÑOS POR M. GARCIA Y PANADÉS

EL bueno de Pusilánimez acababa de cumplir treinta años y era una calamidad.

No tenía ánimo para nada. Siempre fué así. De chico, por no jugar con sus camaradas de colegio, permanecía horas enteras metido en una banasta que había en el patio de su casa. Ya mayorcito, su padre lo envió a Alcalá para que estudiase Filosofía y ver si ella le despertaba el genio, del mismo modo que a otros les aviva el ingenio, pues hay que ver lo que saben casi todos los licenciados en Filosofía; además, lo que no hiciera la madre de las ciencias seguramente lo harían el trato y amistad con los estudiantes alcalaíes, pues el padre de Pusilánimez recordaba haber leído en cierta novela de Quevedo que un muchacho muy simple se volvió allí muy pícaro al ver que todos eran unos solomnes picaronazos. Pero una vez en Alcalá, el desdichado Pusilánimez se negó a salir de su hospedaje, y hubo necesidad de reintegrarlo a Segovia, su ciudad natal. Y ya en Segovia, Pusilánimez volvió a esconderse en la banasta, y cuando salía de paseo por el campo se subía a los árboles por no saludar a las personas conocidas.

Sus padres murieron, y Pusilánimez quedó solo en el mundo. ¡Y entonces sí que fueron penas y desdichas las que se cebaron en él por culpa de su extraña poquedad de ánimo!

Hubo día en que pasó hambre por no salir de su habitación; jamás frecuentó un Centro público, y por las calles iba siempre como huído, siendo la chacota de la chiquillería, que más de una vez se permitió apedrearle, en medio de gran algazara.

Inspiraba compasión, pero nadie le compadecía. Sus convecinos se le burlaban sangrientamente, y si le dirigían la palabra preguntándole por su salud, era para despedirlo con un golpe en la nuca, al mismo tiempo que le decían:

—¡Anda y que te den un caldo!

Pusilánimez fué comprendiendo poco a poco que su vida iba a ser tristísima, debido a su carácter. Y se propuso variar...

No había más remedio. Era preciso cambiar de manera de ser.

Comenzó a pasear por las calles con más frecuencia y hasta se atrevió a decirle a un rapazuelo que le llenó de barro toda la cara, que se lo iría a contar a su padre... Fué en vano. En vano fué también que un día jugara a los dados y que otro día matara una gallina en presencia de testigos. Pusilánimez estaba clasificado como un cobarde, y el título lo conservaría por la eternidad de los siglos.

Cría fama y échate a dormir. No podía ser más cierto el viejo refrán.

Acabó por sentirse realmente indignado. «Pues qué — se decía —, ¿no valen nada mi bondad y mi nobleza de corazón?»

El pobre Pusilánimez estaba tan conmovido que por poco si se deshace en un mar de lágrimas, gordas como garbanzos.

Cierta noche, a una hora bastante avanzada — pues Pusilánimez se había hecho trasnochador para darse impor-

tancia, aunque sin conseguirlo, ya que no era un secreto para nadie que lo único que hacía Pusilánimez era dar vueltas y más vueltas por todas las calles y plazuelas de Segovia—, una noche, decimos, al regresar a su casa tropezó con un bulto que había casi en la misma puerta. El espanto de Pusilánimez no tuvo límites al ver que se trataba de un hombre asesinado. Por lo visto, era la víctima de algún embozado truhán. Pusilánimez, más muerto

bre él todas las sospechas. Cogió el sombrero y la capa del asesinado y se metió en su casa.

Al día siguiente, los alguaciles dieron pronto con el cadáver y con el móvil del crimen. Se trataba de una reyerta, pues la víctima no fué robada. ¿Quién era el criminal? ¿Dónde estaban la capa y el sombrero del muerto? Ante la justicia comparecieron todos los vecinos de la calle en que ocurrió el suceso; por supuesto, todos menos Pusilánimez. ¿Qué

pronto se echó de ver, por sus respuestas, que ni había cometido el crimen ni lo soñó siquiera. Devolvió la capa y el sombrero y fué puesto en libertad.

Mas como de malas lenguas y peores oídos está lleno el mundo, la especie de que él era autor del crimen quedó entre las gentes, y quien más, quien menos, todos dijeron que aquella timidez de Pusilánimez era hipocresía de bruja, espíritu infernal y hábito de maledificio.

Pusilánimez se regodeó mucho al saber lo que de él se decía, y aunque no conocía a Lucifer mas que de oídas, se propuso no defraudar la opinión general. Por la noche se entretenía en arrastrar unas cadenas por las escaleras y el patio de la casa, fingía voces cavernosas y, quemando ciertas sustancias, hacía salir por la chimenea humos tan mal olientes queapestaban a la vecindad. La gente comenzó a sentir miedo, y Pusilánimez pasó a ser el personaje más respetado y temido de Segovia y sus arrabales. No hubo petición ni capricho suyo que no fuera en el acto satisfecho.

Pero llegamos a la parte cómica y trágica a la vez de esta historia. Pusilánimez, quemando porquerías, arrastrando cadenas y fingiéndose autor de una muerte, llegó a creer que era tal brujo de verdad y tal asesino. Creyó que realmente su casa estaba poblada por duendes y otros espíritus maléficos, y que la sombra del muerto, de su muerto, lo perseguía por todas partes... ¡Aquello era horrible! Pusilánimez no podía vivir. Y una noche, enloquecido por el miedo, salió a la calle y comenzó a correr en todas direcciones, diciendo a grandes voces:

—¡Yo no he matado a nadie, ni soy brujo! ¡Soy el desdichado de siempre!

A los pocos momentos media ciudad corría tras él, atraída por la novedad del espectáculo.

—¡Pues no dice que no es brujo y yo le di cien doblones!—dijo uno de los que le seguían.

—¡Y yo, que creyéndole un asesino, le di doscientos!—exclamó otro.

—¿Vamos a mantearlo?—propuso un tercero.

—¡Manteémoslo!—gritaron muchos.

Pusilánimez fué llevado a la plaza principal de Segovia, y previamente colocado en el centro de una buena manta, su cuerpo se alzó gentil una y otra vez por el aire, entre la risa y satisfacción de la ciudad entera, que jamás pudo, seguramente, presenciar otro caso de burla tan estruendosa, ni manteamiento tan categórico.

Sin sentido y más que magullado quedó en el suelo Pusilánimez. Cuando recobró el conocimiento, oyó que una vieja mendiga le decía:

—Mal hiciste en fingirte malo para que que los demás te respetasen. Pero peor has hecho en acobardarte de tu falsa maldad. Los hombres siempre perdonan las picardías de los valientes; pero las hacen pagar caras a los cobardes si alguna se permiten.

Pusilánimez no volvió a salir de su casa, y se ignora si ha muerto, aunque es de creer que no, porque la muerte era cosa demasiado grave para un espíritu tan pusilánime como el suyo.

M. GARCIA Y PANADES



que el propio muerto, no se atrevió en un buen rato a dar un paso, ni siquiera a pensar nada. Por fin, se dijo: «¿Iré a avisar a la justicia? Mas presto le inquietó una duda: «¿Y si creen que yo lo he matado?» Otra idea le asaltó, diabólica: «¿Acaso no sería un gran bien para mí que lo creyesen?» Pusilánimez sufrió un pequeño desvanecimiento; tan grande era lo que acababa de pensar.

Repuesto del susto, Pusilánimez comprendió que de aquella noche dependía la felicidad de su porvenir. «Para que crean que yo soy un hombre es preciso que haga algo gordo—argumentó—. Y, por fin, revolvió a que recayeran so-

tendría que ver él con un hecho de tal naturaleza?

Esto disgustó a Pusilánimez profundamente. Y como hombre dispuesto a todo, colocó en su balcón el sombrero y la capa del asesinado. Ahora sí que no tendrían más remedio que detenerle y reconocer que era todo un hombre.

Las gentes quedaron atónitas viendo lo que ocurría en el balcón de Pusilánimez. Pusilánimez se asomaba de vez en cuando a la mirilla del balcón, y se paseaba por dentro de la estancia, muy altanero, como diciéndose: «No hay quien insulte al hijo de mi madre.»

La justicia detuvo a Pusilánimez. Mas

LA POSADA Y EL CAMINO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE ENRIQUE DE MESA

I

Recuerdos de un mayoral

Al embocar el portachuelo oteamos la llama honda, amarillenta y desnuda, guarnecida de largo en largo, en esparcidas manchas, con la gris afloración del granito y el austero verdor de parvos robledales. Soslayado el sol, a punto de tramontar las enhiestas cimas rocosas, entre cirros de púrpura, almagra los murallones parduscos, apórtillados y decrépitos de Buitrago. Dijérase que desde sus soterradas mieses de piedra subía hasta el carcomido almanaje, por la red venosa de grietas, intersticios y hendeduras, la sangre derramada en su torno durante tantos siglos de luchas épicas. En aquel encendido crepúsculo todo era del color de la sangre: el cielo, la tierra, el agua espejeante de los regatos fúlgidos, el cuero atezado y curtido de los hombres.

La cocina del automóvil disponaba en la paz serena y rústica de la hora. Envueltos en densa nube de polvo penetramos en la villa arcaica, llevando a la zaga, como arremolinado y susurrante mosquerío, un jabardillo de chicuelos mocosos, sucios y desarrapados, que se empellaban por subir y auparse en la zancajera del estribo. Frente a la posada, el coche frenó con suavidad. En el zaguán, el posadero: un hombre setentón, zahonado y enjuto; la testa, rotunda, con dos vedijas blancas en las sienes; los ojos, encarnizados, de vidrios ya viejos; pero la mirada inquisitiva, lejana y recta, como de hombre avezado a escrutar la sierpe blanca del camino. La vista del huésped me compelió a retroceder con presteza en la jalonada ruta del recuerdo. Y me detuvo una sonochada de nieve (veinte años hacía), en que con otros camaradas, despeado y entelecido, llegué a los mismos umbrales. Hube de notar, sin embargo, que los eneros transcurridos desde aquella lejana fecha habían sido de menor pesadumbre sobre la madurez del posadero que sobre la mocedad del viandante. El señor Enrique — que éste era el nombre del huésped — se mantenía cenceño y firme, como en la pasada cincuentena; yo estaba har to más descaecido y macilento.

A todo esto, el coche había reanudado el viaje, y los mozalbillos, que no pudieron mantenerse adheridos a su zaga, me rodeaban curiosos. Comenzaba a soplar un aire entreverado de bocanadas calentosas y de alientos breves, fragantes y húmedos, según que la ventolera llegase de los caldeados rastros o subiera de los verdes pradecillos ribereños del Lozoya. Habíase entrado la noche, y, no obstante el calor del día, sentíase en aquel punto, con la humedad de las ropas, el peculiar remusgüillo serrano. El posadero me convidó con la lumbre hogareña. Yo recordaba que para llegarse hasta la cocina — de enorme chimenea y blancos poyales en torno — era preciso atravesar una amplia caballeriza, con el suelo en declive, empedrado de guijo y recubierto de una suerte de paja menuda, resbaladiza y estercolada al paso obligado de las recuas. Como antaño, me aventuré en la sombra. Hacia las pesbreras del fondo se adivinaban sombras confusas y oíase, distinto, el hocerar de las bestias. Ocupado con el arreglo de

sus jalmas, un arriero canturreaba una jota.

Cuando penetré en la cocina, ya tenían golosos los poyos del hogar: un batillero de gafas negras y barbas de capuchino, que penosamente colocaba sus buhonías por la fragosidad y aspereza de aquellos contornos, y un pastor, rasurado y empedernido, que marchaba a su relevo. Al arrimo de un rescoldo muriente borbotaban los pucheros.

—Ea, muchacha—gritó a mis espaldas el señor Enrique—, veas de alegrar ese fuego.

La moza, que trajinaba pesadamente, tras de tizonear y revolver en la ceniza, decidióse a marchar a la leñera. Volvió a poco, trayendo en el arregazo de su falda buena cantidad de palillos livianos.

gado a las sienes, pero con una boca incitativa de fruto en sazón; los labios, encendidos, de mohín gracioso y siempre húmedos; los dientes, blancos, como granizos, grandes, apretados y parejas, sin mella ni helgadura.

Al oírme, el posadero volvióse despaciosamente; me miró de hito en hito; mantúvose luego inhibido, y, moviendo al cabo la cabeza, como si sacudiese las telarañas del recuerdo, me dijo:

—¿Recuerda usted de la Escolástica? Va para quince años que falta de la casa. La empuñó un tratante de Sepúlveda. ¡Buen parroquiano! (Al decir esto, la desdentada boca del viejo dilatábase con expresión de socarronería y malicia.) Túvo suerte la moza. El hombre la prometió casamiento, y aunque trasmanó

—A tus guisos, pazpuerca.

No hubo sino renunciar a los sueños. (Conviene notar que el señor Enrique, enjuto y fibroso, no poseía, para mal de sus sirvientes, esa pingüe rotundez burrigona que, según Cervantes, asigna a los venteros la condición pacífica.)

La recordación de Escolástica sirvióme para certificar al huésped de mi paso y de mi posa de otros días. Ello pareció complacerle, ya que dió motivo a refrescar un tema antiguo en su dilección: el de los viajes en diligencia, pues debe advertirse que el posadero fué, en sus años mozos, zagal y mayoral, sucesivamente, de la que entonces corría desde Madrid hasta Burgos.

—Aquellas eran diligencias y no los carricoches que usted ha conocido antes de venir esos cacharros escandalosos, que el diablo se los lleve. Había allí comodidad y regalo: eran los tiros más recios y los relevos más frecuentes... Y luego, que viajaba todo el señorío. ¡Menduda jarana armábamos al salir de Madrid, Fuencarral arriba, sacando chispas de las piedras!

Por los ojos del viejo mayoral cruzó un punto la visión de la diligencia en marcha, con el estrépito y baráunda de los cristales temblequeantes, las interjecciones y los tacos de costumbre — espuela probada de las mulas —, los chasquidos de la tralla, el cascabeleo de las colleras y aquel enjambre alborotado de pilletes en su turno y a la zaga.

—Muchas veces he llevado hasta Burgos a Lagartijo y a Frasuelo — continuó el huésped —. Era el viaje que más me gustaba. Andaban entonces en aquello de quién se aventajaba a quién. Por supuesto, en la plaza, que en la calle no había camaradas mejores. Yo lo sé. Cuando montaban para Burgos, ya apretaba de firme la calor en Madrid. Era a las vueltas de San Juan. Aquel día no daba paz a la tralla, despegando del coche a los arrapiezos del barrio. Era en balde, que nos seguía más allá del caserío, hasta el descampado. En las afueras había que parar no pocas veces y complacer a taberneros y carniceros, amigos y acérrimos de los maestros, que querían estrecharles las manos. Otros hombres de las traperías y de los tejares, al paso del coche y sin detenerlo, gritaban: «¡Buena suerte!...» Al cabo, no oíamos sino a las chicharras.

Pero la paz duraba poco. En Pesacilla, estación obligada. De la caza de la labor salían las gentes del marqués de Alcañices con una bota de vino de media arroba. «Salvador, ¿dónde está Salvador?» — preguntaba el capataz, un loco del «Negro», que así le decían al torero de los volapiés. Y se asomaba Frasuelo y bebía, y bebía Rafael, y bebían luego los chicos de las cuadrillas, y bebíamos todos. Y no escurriduras ni chisguetes, sino a qué quieres, loca. En tanto se trasegaba, el hombre labriego decía: «Oro de Algete, Salvador. Vino del bueno, del fino, del que bebe el señor marqués...»

A esta sazón, el buhonero barbado, que escuchaba la narración desde el principio, exclamó: «Buen vinillo el blanco de Algete.» Y chasqueó su lengua, relamiéndose entre la lobreguez de las antiparras y de las barbas.

Miré entonces hacia el poyal hogareño. El pastor continuaba inmóvil, sin vestisear, mirando impasible a la llama,



hojas secas y borusca, que arrojó en montón sobre la brasa mortecina. Una llama alegre y viva pintó en las enjabelgadas paredes loca zarabanda de sombras. Pronto descaeció su pábulo; pero la llamarada fugaz había prendido y encandilado el tocón trashoguero.

Un momento que se alejó la moza, le dije al huésped: «Esta no es como la Escolástica.» Yo evocaba, en la lejanía de los veinte años, la figura de la antigua maritornes de aquella misma posada: una muchacuela magra y pitañosa, de aspecto y ademán monjiles; el pelo negro, aceitoso, partido en crenchas y pe-

cuanto pudo el bodorrio, a la postre apencó con la mujer y la sacó de alpar. gatas a botinas y de moza de mesón a señora de su casa. A la cuenta, el tratante murió, y ella, con la prenda del crío, heredó al marido, y hogaño campa a su antojo con el mucho regalo.

Encalabrada con el relato, la moza — lona que cocinaba, olvidándose por el momento de sus guisos, sentóse en el borde del hogar, de espaldas a la lumbre, mirando a su amo con ojos chispeantes. Percatado de su actitud, el posadero exclamó colérico, a tiempo que blandía el hurgón.

Avezado, en la soledad de su majada, a largos coloquios mudos con los elementos naturales, ¿qué le importaban las minucias de los hombres? Allí, en su monte, dialogaba con el cielo, con la tierra, con el agua... Ahora hablaba con el fuego.

El posadero, por su parte, no había parado mientes en el comentario del hombrecillo de las barbas. Y sin prestarle atención, ni mirarle siquiera, prosiguió:

—Luego del moje de Pesadilla, un picador de Lagartijo (creo que le llamaban Calderón), un hombre muy serio, muy seco, con unos dientes largos y amarillos como un caballo de los toros y unas patillas de «boca de jacha», comenzaba a canturrear. Los demás callaban. Y así, mucho tiempo... A media noche, ya en Somosierra, pasado el maldito puente del Horeajo, parada en la venta de la Juanilla. Vivía allí familia del Chuchi, otro picador, éste de Frascuelo, negro como un zapato, muy gracioso y muy amigo del zumo de la uva. El ventero sacaba un zaque y se jarreaba de lo lindo. Por cierto que en uno de los viajes reímos con ganas a costa del Chuchi. Oigame, que el caso lo merece:

—Acompañaba a las cuadrillas un señor amigo de Lagartijo, ganadero o cosa así. Parecía hombre de chapa. Ya en la venta de la Juanilla, mientras el jarro corría a la redonda, al buen hombre se le ocurrió decir: «Aquí se albergó Napoleón cuando la guerra de la Independencia.» Al oírlo, Salvador sacó la cabeza fuera de la ventanilla, miró un rato—no se a qué, pues la noche era como boca de lobo—y, volviéndose luego a Lagartijo, le soltó: «También era aquí grande, Rafael.» El cordobés—¡qué torero más bueno!—no dijo ni pío. Lagartijo no hablaba sino en las fiestas mayores. El Chuchi habló por él, y dijo: «Pero acá le cogimos los blandos...» ¡Poco que se rió el ganadero o lo que fuese! A usted, por lo visto, también le parece gracioso—intercaló el ex mayoral, observando mi sonrisa.

No gracioso, graciosísimo. Yo evocaba las figuras típicas de los toreros a quienes conocí en su gloriosa vejez de héroes populares. Veía a Frascuelo, recio y enjuto, algo fanfarrón, los aladardes de crespos rizos canosos y el cordobán del rostro hendido de cicatrices y botanas. Veía a Lagartijo, magro, gracioso y ágil, ligeramente cargado de hombros, taciturno, con la testa romana y el estoicismo sentencioso de un Séneca... Ya imaginativo, me imaginaba a Europa como una inmensa plaza de toros. Gradas y tendidos abarrotados de tudescos, de ingleses, de italianos, de rusos, con sus atavíos peculiares. En el centro del anillo, escarbando fieramente la arena, el ojo ardiente e inquieta la cola, un toro negro, enorme, boyante, la testuz rizada, los cuernos largos y agudos: Napoleón. Y veía al Chuchi, al propio Chuchi, que, caballero en un jamelgo español, blanco y famélico, las mataduras sangrientas bullentes de moscas y los redaños por defuera, aprestábase decididamente a agarrochar al toro empujador. Y contemplaba cómo al puyazo del Chuchi, Napoleón, escupiéndose al castigo, volvía la peca del rabo al pi-quero y a su enteca cabalgadura, y huía ante el asombro de los circunstantes.

La voz del posadero, que proseguía su relato, hubo de enfrenar mi vuelo imaginativo. Pero ya no le escuchaba. Ahora atendía a cosas del espíritu, a cosas conmigo, como aquel pastor inmóvil y cariparejo.

El viejo mayoral concluía:

—Al bajar del coche, en Burgos, Salvador metía las manos en sus pantalones, sacaba un bolsillo de seda verde bo-

tella—el mismo color de la taleguilla de sus mejores tardes—, le desanudaba y, ¡vaya rumbo!, me atizaba una moneda de oro. Ya no hay de esas. Lagartijo no nos daba nada; pero poniéndome familiarmente la mano en el hombro, decía: «¿Estáis ustedes contentos?» A la noche aún emparejaba en alguna taberna con los mozos de estoque, los «maletas», que decían... Buena gente. De temporada en temporada embarnecían y se ponían gordos y lucíos. Natural. Quien la miel trata, algo se le pega de ella...

A punto la cena, acabóse el hablar. Cenamos el buhonero y yo, en buen amor y compañía, allí mismo, en el poyal de la cocina. Sirviéronos la moza—con mayor diligencia y limpieza de las que pudieran presumirse—truchas del Lozoya y un cuarto de cabrito asado. Fué espuela del vino—tintillo que se dejaba feber, no de la tierra, sino ribereño del Duero—un buen trozo de queso picante, encellado al estilo de la Mancha.

Embaulado el condumio, retiróse el buhonero a descansar, precedido del huésped. Al romper el alba habría de aparejar su mulo y lanzarse con sus lienzos, sus telas, sus barbas y sus gafas por esos caminos de Dios. En la caballeriza se habían apagado los ruidos. Los carreteros dormían descuidadamente sobre costales de paja, cabe los arcos y las jalmas de sus recuas. Ahora, con la lumbre de por medio, hallábame solo, frente al pastor, que continuaba mudo. La moza, para alegrar el fuego, había echado sobre el rescoldo un tomillo que, verde aún, chirrió al prenderse, exhalando una breve y fragante humareda. Ni aquella olorosa evocación rústica logró conmover al cabrero. Yo veía, como una obsesión, su cabeza descarnada, noble y ascética; sus ojos, mirando con expresión inhibida la cresta aurirroja de las llamas.

Sentí desaliento y melancolía. Pensaba veinte años atrás. Veía con su rostro y figura a los camaradas leales que me acompañaron en la posa ante este mismo fuego, en la romántica y juvenil andanza. Dos de ellos murieron en flor de mocedad; a los otros, el aguijón de la vida les compele por derroteros distintos. Entonces éramos como hermanos. Me acordaba de las palabras de la vieja Celestina: «Oh, muerte, muerte! Por uno que comes con tiempo, cortas mil en agraz!»

El pastor permanecía inmóvil. Aquel hombre, o no pensaba en nada, o pensaba, como yo, en la muerte.

II

La realidad histórica

Aquella noche traspuse la linde del sueño espoleado del agudo y persistente clarinear de los gallos. De corraliza en corraliza, por el viejo caserío, aún en silenciosa quietud, rodaba su alerta madrugada. Amanecía. Un liviano claror, primicia de la nueva jornada, debatía con un rezago de sombra las enjaibegadas paredes de mi camaranchón posadero. Me incorporé, súbito, en la dura yacija y salté al suelo incontinentemente, con alacridad y presura, sin las habituales dilatorias de la pereza. Abrí luego el roñoso vidrio de la ventanuca—más bien tronera—que horadaba la espesa reciedad del muro. Como saeta aguda, silbante y tembladora, penetró por la angosta oquedad, calándome hasta el hondón del pecho, el aire vivo de la montaña. Miré al cielo. En lo más alto—ya nácar translúcido la plata de la noche—bogaba majestuoso el menguante de la luna. Ganando a repecho las serrezuelas de Oriente, la verdosa claridad del alba nimbaba apenas sus ásperos crestones.

Mi tocado fué sucinto, sin melindres ni repulgos de cortesana limpieza, cosa que, por otra parte, fuera indiscreto exigir en aquel lugar y en aquella sazón. Bajé los empujados, sebosos y carcomidos peldaños de una escalerilla lóbrega; crucé de nuevo el corral de las pesebreras, cuyo fondo apenas clareaba, no obstante hallarse el amplio portón de par en par abierto a la luz de la amanecida. Oíase el rebullir de los arrieros, que se despedaban aparejando la recua. El posadero repasaba sus cuentas sentado en un poyo de la cocina, frente al bailoteo de las llamas. La moza, ya en faena desde el albor, vertía cubos de lavazas sobre los pulimentados guijos del zaguán.

Al salir de mi albergue sentí el repeluzno de la hora. Soplaban un vientecillo picante en extremo. Olía a paja de estiércol, humedecida del relente de la noche; a muladar quemado.

El aire serrano, viajero oloroso de la montaña, perdía, al contacto con la suciedad lugareña, la pureza de su fragancia rústica. Comencé a caminar con paso ligero. Ya rebasado el caserío, emparejé con el pastor cencero y taciturno, parcionero de la lumbre hogareña en la última sonochada. Marchaba el hombre a pie, grave y despaciosamente, llevando del ronzal a una yegua cuatralba, ya asendereada y cansina. Al punto de alcanzarle, habíase apartado el pastor con su bestia a una orilla del camino. Presto, sin duda, a cabalgar, quería cerciorarse del temple de las cinchas. A la postre, luego de dar los últimos toques al acomodo de su avío, se ahorcój de un brinco. Y habría picado sin decir palabra, de no habersele caído por la grupa, en el revuelo del safo, hasta dar en unos hirsutos cardales, una a modo de anguarina de buriel resobado y grasiento que sobre la montura llevaba. Sin darle tiempo a descabalar, desenganché el hábito pastoril de los compungidos cardos y se lo ofrecí diligente. Cogiólo el hombre con ademán insospechado de gratitud hidalga; sonrióme después con sus ojos claros, y desplegando, al fin, los frunces de su boca, me preguntó:

—¿Adónde se navega tan esotero?

El avance inquiridor del taciturno no dejaba de tener su meollo. Efectivamente, mi atalaje no era el común entre gente caminera. Marchaba libre, suelto, desembarazado, sin hatillo ni envoltorio de ningún género; ni empuñaba el maletín burgués del viajero ciudadano, ni llevaba a los espaldas las alforjas o el fardel del viandante, ni colgando del hombro la burjaca del peregrino. No llevaba tampoco en mis manos ni la cayada del peatón, ni la vara del chalán, ni la porra del vaquero o del cabrerizo. Ni lo sustancial, ni lo accesorio. Iba «esotero», como por manera castellana, gráfica y expresiva definió aquel pastor, renegrido y enjuto, que me atalayaba desde lo alto de su montura. No tardé en responderle:

—A la Cartuja de Santa María del Páucar. Allí tengo casa, alimento y ropa. Y usted, mi amigo, ¿para dónde camina?

—Voy para Sotos Albos.

¡Sotos Albos! Dijérase nombre fingido de égloga literaria y no era sino vieja verdad geográfica, pueblecillo enraizado en la llana de Segovia, ya traspuestos los altos montes; lugar con su ejido, sus corralizas y sus aradas; acaso con su loco; sin duda, con sus cuerdos, su ba-chiller, su barbero y su cura. La clara, gustosa y pastoril eufonía de aquel nombre tuvo la virtud de retrotraerme, imaginativamente, casi seiscientos años en el curso de la historia: a una mañana revuelta de marzo («asíe nieve e granizaba»), en que nuestro donador y andariego arcipreste de Hita hubo de contestar lo mismo a la serrana, chata y recia

del puerto de Malagosto. Miré al pastor. El rostro, fruncido y atezado; el cuerpo, magro, casi engurrinado, como la hoja seca de un roble de la serranía, en nada podía evocar la figura de aquel clérigo veloso y pescozudo, pequeños los ojos, la nariz luenga, grande la boca y las encías bermejas; un poquillo bazo, anchas las espaldas, los pechos delanteros, tráfudo el brazo y bien cumplidas las piernas. Pero su respuesta había planteado, de golpe y porrazo, un tema a par del sentimiento y de la inteligencia, motivo para mí de larga y renovada rumia espiritual en mis andanzas por aquellos contornos: el de la realidad histórica.

El hombre, aparte la efectividad de su barro corpóreo (que al fin pudre en la huesa), fuera del eco privado de su paso por la vida, que se recoge en el ámbito familiar y familiarmente se transmite a las generaciones sucesivas, puede tener una realidad histórica. Esto acaece cuando la máxima expresión de su espíritu trasciende al espíritu colectivo; a tiempo que realiza la obra sabia o escribe la obra bella; en el punto en que ejecuta las acciones del heroísmo o de la santidad. La realidad histórica puede ser de una hora, de un día, de un año, de muchos. Antes, y aun después de ella—si la arcilla corporal sobrevive al resplandor histórico—, el hombre es realidad corriente, humilde y cotidiana. ¿Qué fué el hidalgo de la Mancha antes de adquirir su transcendente, quijotesca realidad—que ha de durar lo que el mundo—sino un hombre cincuentón, aito, seco, amojamado, gran madrugador y amigo de la caza? En relación con los hombres, el pueblo de que son nativos, el pedazo de corteza terrestre en que se asientan y radican, la nación a que pertenecen, gozan consecuentemente de esta misma realidad. Pero la existencia humana es como sombra de sueño o como verdura de los prados. Sombra o verdor, el hombre pasa y se agosta. La tierra, en cambio—ya lo dijo Ecclesiastés—, en tanto una generación pasa y otra generación viene, perdura firme y estable. En aquel instante yo afirmaba mi planta andariego sobre una realidad histórica de los siglos XIV y XV. Aquella vieja villa de Buitrago, que tras de mí quedaba con su leve, azulina y volandera corona de humo—renovada oración matinal de los hogares encendidos—, fué en aquel tiempo morada señorial de los Mendozas. En ella don Inigo, el poeta de las serranillas, flor de su linaje, recibió con boato, música y fiestas al Rey don Juan el Segundo y a su condestable don Alvaro de Luna. Sus pardos muros de roidas crestas—que la mañana de agosto rosaba con el primer royo de sol—guardaron entonces, con el favor de un retoño de Santillana, a la adolorida y desventurada Beltraneja. El deleitoso valle de verdor esmeraldino que yo había de recorrer en la jornada, la Cartuja de mi posa, las cumbres pardas o grises, desoladas y frías—paso obligado en la derrota del cabrero—, los caseríos y los puertos, ¿no pregonaban con sus nombres de eufonía hidalga, colorida y áspera la realidad histórica? El pastor mismo, mudo y estático, casi hombre, casi árbol, casi piedra, con la camisa de lienzo amarillento y burdo, el sayo de paño tinto y las abarcas guitadas de zarzitas, ¿no era una perduración humana del pastor de aquellas centurias?...

Hasta Oteruelo podíamos ir juntos. Allí, él tomaría la vereda del puerto. Tras el esfuerzo del sobrio diálogo caminábamos en silencio. Habíamos cruzado el río, de alborotadas espumas en un lecho pendiente y pedregoso. En las lejanas cumbres espejaban al sol, desguindándose por las hendeduras de los canchales, las chorreras de la nieve. Oíase,

apagada por la distancia, la voz fresca de un zagalillo, quizá acuciadora de algún cordero desmanado. Entre los robles resonaban, ya vivos, ya en desmayo y pereza, los cencerros y tumbas de las vacas; los terneros pastencos retozaban en la alegría matinal de una pradera mojada del rocío. Había desgajado el pastor, de un fresno lindero del camino, una ramilla tierna, y con la verdasca cimbreante, de vez en vez, ceñía las ancas de la yegua cansina; sus herraduras flojas iniciaban un fugaz chacoloteo sobre las lajas; pero el conato de trotecillo, siempre huidero, no me obligaba siquiera a reavivar mi paso.

Ya el sol subía con presteza la costanilla, azul y arreciaba el fuego de su dorada lumbre. Comenzaba a bordonear el mosquero. Dos cuervos croajaron sobre nuestras cabezas. Al llegar a un oteruelo, guarnecido de matas fragantes de cantueso, el camino carretero atravesó, como una horca, en dos sendas que lo abrazaban: entrambas usaderas y de buen huelle. El pastor embocó la de la izquierda. Atravesamos una solana. En un alfar, un mozo, hundiéndose en el barro hasta las corvas, la mano en los ojos a guisa de pantalla, tomaba huelgo en su dura faena con el pretexto de mirarnos.

¡Lozoya!... Aquí la evocación de la pasada realidad histórica no llegaba tan sólo de la mano del cronista: se exhalaba también, como un perfume más delicado o más bravo, de la vitela de los cancioneros. La Poesía se abrazaba como yedra al árbol de la Historia. (Cruza el cortejo real en demanda de la ciudad de Segovia, de los castillos de Ayllón o de Turégano. Alfonso Álvarez de Villasandino pierde su mula—quizá se la roban—, y el coplero mendicante, mal hallado con su pertinaz pobreza, acicala sus rimas para enderezar una suplicación al condestable viejo...)

La voz cantarina del agua ya no había de abandonarnos. En la montaña, su fluir perenne bruñía la hosquedad de los altos cantizales y atollaba el pasto de las laderas bajas. Fulgían al sol, en el valle, los prados manantios; su aliento de frescura y el regalo de la sombra propiciaban templaron mis sienes pulsátiles. Doquiera el cristal de los regatillos reidores. Yo los salvaba, sobre piedras resbaladizas y temblequeantes. Caminábamos aguas arriba. La honda calleja que seguían nuestros pasos entreveraba claros de sol y recodos húmedos y umbríos, embalsamados con el olor del musgo y de la menta. Aquí la corriente del río se deslizaba mansa y silenciosa sobre meladas piedras, entre verdes orillas guarnecidas de mastranzos olorosos, al solapo de la plata de las mimbreras, bajo la alta sombra tutelada de olmos y alisos; allá rumoreaba, quebrándose y desgranándose por la aspereza de los cascajares.

Un punto me hizo gana la templanza del ambiente y la amenidad del sitio. Sin embargo, no me resolví a descansar. El pastor, sin detener su cabalgadura, había hundido su rugosa mano en las alforjas de pellejo que colgaban del arzón delantero y me ofrecía un cantero de pan bazo y fragante. Lo acepté gustoso. Aquello era gloria pura: olía a la parva soleada en que fué grano, a la ajeña en que fué harina, a la retama encendida del horno en que hubo de coerse.

La calleja orillaba un patatar en flor. El cabrero paró en seco a la cuatralba e inquiría con ahínco dentro del cercaño. Al cabo, dijo:

—Apuesto que hasta las patatas bajó el jabalí. Clara está la freza.

Y en tanto decía, me señalaba con los ojos un portillo abierto en un cornijal

de la cerca, y en aquella parte hozados y removidos los surcos del banca.

—¡Jabalíes en el valle! — exclamé yo con duda—. ¿Nadie los persigue?

El pastor respondió con sequedad: —Antaño los batían.

Este antaño quizás se remontara a una, a dos, a cinco centurias. Para el espíritu quieto de aquel hombre, piedra perdurable en el fluir de la vida; tronco centenario que acaso no logre descuajar el aire bravo del tiempo, ¿qué importancia podrían tener los siglos? Ahora la realidad histórica se me aparecía imaginativamente con los gayos colores de una viñeta de caza. (El rey D. Enrique IV fatigaba la áspera fragosidad de la serranía; sus monteros ojeaban las manchas y espesuras de robledas y pinares; repercutía de quebrada en vallejo el claro o el ronco son de las trompas; oíase el ladrar furioso de la jauría de alanos al alcance de su presa; arruando al verse perseguido, rompía el jabalí por entre la maleza de cambronerías y piornales... O eran los cetreros de la Reina doña Juana que el neblí o el halcón en el puño salían a volar la ribera...)

Ya la humilde espadaña de la iglesia de Oteruelo asomaba por entre la sombra y la verdura de los sotos. Arrastrando su red por el cristal del río, un truchero—caoba el torso y las piernas—inquiría entre las piedras de su cauce. Unos chicuelos cogían en las zarzas de las callejas las moras aun sin madurar. Oíase el latir de los perros en las eras. Chillaban las golondrinas en vuelos sesgados, casi rasantes las alas con las hierbezuelas de un pradillo. El pastor, sobrio en el ademán y en las palabras de su despedida, habíase apartado por la senda del puerto que a repecho ganaba valientemente la mata espesa de un robledal. Le vi partirse con pena. Su condición y su pobreza le aseguraban el paso del Malagosto. La serrana guardadora de su portazgo, caso de que la hubiera, no habría de exigirle, como la «chata» al arcipreste, ni el zamarrón disantero, ni el prendadero de paño bien tinto, ni la toca, ni las bronchas, ni las zapatas. A los ocho días volvería el misero a su relevo. Y así un año y otro año, quizás un siglo y otro siglo, hasta que el barro cocho y empedernido de su cuerpo, como tierra, al fin, deleznable y perecedero, no pueda resistir más agua, más viento, más sol...

Bien entrada la noche llegué al monasterio. Como hallase su portón cerrado, llamé con recias aldabadas. Me abrió el gañán de la yunta; alumbrábase con un farol roñoso, de candileja agonizante. Ya en el patio, miré al cielo—eterna quimera maravillosa— en aquel punto constelado de estrellas. Bajo su luz difusa, el agua de la fuente cantaba en seis chorros diamantinos el poema del nieve de las cumbres.

Enrique de MESA

Cartuja de Santa María del Paular.

EL SENTIDO HUMANO DEL MISTICISMO

TERESA Y GRACIAN

FRAY Bartolomé de Segura, en su «Vida de la venerable madre Teresa de Jesús» (Valladolid, año de 1619), llama a la mística abulense «amazona cristiana».

«Amazona cristiana! ¿Puede sintetizarse con mayor acierto la personalidad de Teresa? No es Teresa la «visionaria religiosa», cuyas tribulaciones son supercherías y cuyas seráficas llagas no existen sino en sus delirios, como quiso de-

mostrar, sin conseguirlo, D. Ramón León Maines, comparándola a la célebre sor Patrocinio («Teresa de Jesús ante la crítica». Madrid, 1880, cap. II).

Teresa no habla ya de sus llagas materiales, ni se queja de su falta de salud más que en los primeros años de su vida claustral. Ningún exégeta de la escritora se atreve tampoco a asegurarnos que padeciese de ningún mal crónico ni agudo. Únicamente en los días de noviciado dicen ella algo que acusa hasta qué estado de debilidad la llevaban sus continuos ayunos y flagelaciones. «Algunas veces pedía algo con gran quebrantamiento, como quien pelea contra un jayán fuerte; quedaba después cansada; otras, era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi de ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas veces todo el cuerpo, hasta levantarme.» («Teresa. Libro de su vida.» Cap. XX.)

Pero de lo que ella se queja es de los grandes contrastes en que se debate su espíritu. Siéntese a ratos llena de fuerza y decisión, hasta el punto de escribir: «Tomaba una cruz en la mano y parecía darme Dios ánimo, que yo me tornaba otra en breve tiempo; que no temía tornarme con los demonios a brazos; que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos, y así dije: Ahora, ¡venid todos, que quiero ver qué me podéis hacer!» («Teresa. Libro de su vida.» Capítulo XXV.)

Esta es la «Amazona cristiana» de que nos habla Bartolomé de Segura. Vemos a Teresa, después de leído ese párrafo, cruzar los caminos de Castilla. El sol circunda su frente y los guijarros de la carretera hieren sus pies. En la mano lleva la cruz, como un símbolo victorioso de su fe. Nada le amedrenta ni le detiene. Tuviera, como Santiago, un flamígero caballo y la visión de la amazona se completaría felizmente.

Pero no siempre es así. La monjita padece desfallecimientos espirituales que no sabe explicar; hay veces que teme por su misma alma y le da vergüenza pensar en su languidecimiento. «Parece que quisiera concertar—dice—la vida espiritual y los contentos, gustos y pasatiempos sensuales... Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte que estaba en vísperas de tornar a caer; aunque mis determinaciones y deseos entonces, por aquel rato, digo, estaban firmes.» («Teresa. Libro de su vida.» Cap. VII.)

Gracián sabía muy bien de estas melancolías de Teresa. Ninguno como Gracián para consolarlas y disiparlas. Cuando Doria mostrábase con ellos severo y rehuía todo trato con Teresa por no reprocharla directamente su conducta «demasiado liberal y mundana», según el viejo fraile intransigente, Teresa reclinaba en su celda, acojonada. Entonces Gracián, sonriente y contemporizador, llegaba a la celda de la religiosa a darle consuelo con sus palabras.

Así como el padre Rivera—hermético, pero comprensivo, al fin—era la sabiduría y Doria el fanatismo, Gracián era la benevolencia... Teresa lo sabía; por eso buscaba su apoyo en sus graves desalientos.

Los comentaristas místicos del siglo XVI hablan con insistencia de ciertos amores del padre Gracián con María de San José, priora de la Orden reformada del Carmen. Teresa profesaba a María de San José un dulce afecto piadoso, hasta el extremo de hacerle su confidente. Algún historiador llega a sostener que los amores de Gracián y María fueron delatados por sor Ana de San Bartolomé, también priora y amiga de Teresa. Sin embargo, el único crítico de

responsabilidad intelectual de la época, el gran Saavedra Fajardo, silencia esta aventura de Gracián. Callan también Montalván, González de Salas, Tamayo de Vargas...

Teresa—por el contrario de lo que afirma fray Antonio de Jesús en el «Capítulo general de 1600» y que se recoge en las «Memorias históricas» (tomo II), Biblioteca Nacional. Q. A. «Misceláneas número 54», citadas por D. Vicente de la Fuente, edición de los escritos de Santa Teresa, por Rivadeneyra (página 263)—sentía por Gracián una dulce simpatía invencible. Pruébalo el hecho de hacerle su confesor, con demérito de Rivera, que siguió siéndolo tan sólo de nombre, y además el de nombrarle provincial de la Orden reformada.

Pero hay otra prueba más evidente. Cuando el padre Gracián fué expulsado de la Orden, y María de San José apretábase a defender su pudor malherido, Teresa escribía unas bellas palabras: «Yo siento ahora gran piedad y hasta amor por algunas almas caídas en desgracia de los demás...»

Las «almas caídas en desgracia de los demás» son las de Gracián y María. Pero Teresa no se atreve a desatar las iras del padre Doria, gran amigo del Papado. Y sufre en silencio. Y escribe sus más amargos libros. Por las tardes plática con Gracián en el huerto de la Encarnación. Y retirase a su celda «dolorosa como una mujer».

Es este el momento en que la literatura mística del siglo XVI empieza a tener un sentido fecundo y humano. Teresa llora por Gracián «como una mujer...» En tanto Juan de la Cruz busca a Teresa para leerla sus primeros versos.

Ernesto LOPEZ-PARRA

MOTIVOS LIRICOS

ELOGIO DEL CORAZON

¡Oh, corazón sencillo y generoso; lírico corazón enardecido, con tu ligero palpitir medroso, tu luz de estrella y tu calor de nido!

Lírico corazón de caminante, que siempre marchas al azar, siempre dichoso y anhelante, siempre anhelante por llegar.

Siempre celeste como un niño, mudo, amoroso y resignado, lleno de fervido cariño, como el amor, desalentado.

Corazón de la estrella enardecida, como un vuelo de luz aprisionado, hecho para la noche de mi vida con rosas de mi anhelo perfumado.

Cautivo entre mis ansias irreales, todo ardoroso como mi ilusión, lleno de mis cariños celestiales, sereno y bueno como un corazón.

Corazón del crepúsculo marchito, levemente rosado, donde palpita el angustioso grito de la tarde, entre brumas suspirado.

Corazón de la noche, hecho de brisa, de anhelos, de palabras al oído, de luz de estrellas y de risa, y de calor de nido.

Cautivo entre mis ansias irreales, todo ardoroso como mi ilusión, lleno de mis cariños celestiales, sereno y bueno como un corazón...

Juan SOGA



CARLOS COPPEL
FABRICA DE RELOJES



Baños del Norte

ESTABLECIMIENTO HIDROTERAPICO

Jardines, 16

Aduana, 25

ABIERTO TODO EL AÑO

Baños especiales de este Establecimiento

Baños perfumados de rosa, violeta lavanda, colonia, en sales apropiadas y con ropa afelpada, 5 pesetas.

Baño y ducha estimulante neuro-tónico, serie de diez, 35 pesetas.

Baños populares, de cinco a ocho de la mañana y de dos a cuatro de la tarde, serie de diez, 10 pesetas.

Duchas frias, en cualquier aparato, 1,50; por abono desde diez, 1,25; por abono desde treinta, 1 peseta.

Duchas escocesas, calientes, alternas y orientales, 2,50; por abono desde diez, 2 pesetas.

Duchas de vapor, 3,50; por abono desde diez, 3 pesetas.

Servicio de ropa: Sábana y toalla lisa, 0,25; afelpada, 0,50 pesetas.



Representantes: E. D. Rodiño y Cía.—CARACAS, 8.—MADRID

ESCUELA BERLITZ ARENAL, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán e italiano.— Clases generales e individuales.— Traducciones.

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALA
ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

